

H. C. F. Mansilla

La atracción de la literatura borgiana sobre las tendencias filosóficas contemporáneas

Abstract. *Borges' literary talent is without all doubt. His Spanish was the most beautiful ever written: an Attic combination of elegance and conciseness. But the philosophy sustaining his literary work is a vision of the world based on pan-identity. It is not harmless. Its core: all is interchangeable with all. If reality is thus, rational theoretical efforts and reasonable political practice are useless and unessential. Because of this Borges' work is so popular among postmodern tendencies.*

Key words: *beauty, Borges, postmodernism, pan-identity, relativism.*

Resumen: *El talento literario de Borges está fuera de toda duda. Ha sido el castellano más bello escrito jamás: una combinación ática de elegancia y concisión. Pero la filosofía subyacente a su creación literaria es una visión pan-identificatoria del mundo, que para nada es inocua. Su núcleo conceptual reza que en el fondo todo es intercambiable con todo. Si esto es así, los esfuerzos teóricos racionales y la praxis socio-política razonable aparecen como fútiles e insubstanciales. Por ello la obra de Borges resulta tan popular entre los postmodernistas.*

Palabras clave: *belleza, Borges, postmodernismo, pan-identidad, relativismo.*

La fama le llegó relativamente tarde: recién a raíz de una amplia difusión de sus obras en

Europa y Norteamérica a partir de aproximadamente 1965/1970 y de la recepción académica que le ha sido extraordinariamente favorable, Jorge Luis Borges disfrutó de un reconocimiento que podemos llamar mundial. A Borges no le faltaron las críticas convencionales de la izquierda, que lo acusaron de un esteticismo vacío, de exaltar a la oligarquía liberal y hasta de tomar partido por la reacción derechista. Se le atribuyó además una “voluntad servil de imitación” con respecto a las literaturas europeas: su obra sería la reproducción de las “formas ornamentales de las sociedades hegemónicas”, pero como “copia degradada y en tono menor”. Su literatura tendría por objetivo “legitimar su dependencia de los centros metropolitanos” y, al mismo tiempo, “consolidar su posición señorial represiva con respecto a la sociedad local”¹. Estas necesidades e imprecisiones eran lamentablemente abundantes y marcaban el tenor de la crítica izquierdista a los libros de Borges. No está demás señalar que algunos de sus censores marxistas se convirtieron, con el paso de los años, en sus más fervientes admiradores postmodernistas. Y esto no es casual. El vuelo de la fama de Borges –según la clásica metáfora de Virgilio la fama es un pájaro de aspecto monstruoso– ha tomado en las últimas décadas algunas características curiosas que suscitan esta breve reflexión.

Un ensayo olvidado de *Enrique Anderson Imbert* señaló tempranamente las causas del éxito de Borges, que tienen que ver con su celebración actual por los postmodernistas. Después de analizar las opiniones del propio escritor

sobre el éxito y la democracia, fenómenos con los que Borges mantuvo una irónica distancia, Anderson Imbert reconoció la singularidad del talento individual, la defensa del liberalismo espiritual y la energía estética de extraordinaria intensidad que pertenecieron y adornaron a Borges². En efecto: el talento literario de Borges está fuera de toda duda: el castellano más bello escrito jamás. Esa combinación ática de elegancia y concisión representa una de las cumbres más altas de la creación estética. Como afirmó *Octavio Paz*, Borges ofreció dádivas sacrificiales a dos deidades normalmente contrapuestas: la sencillez y lo extraordinario. En muchos textos Borges logró un maravilloso equilibrio entre ambas: lo natural que nos resulta raro y lo extraño que nos es familiar³. *Fritz Rudolf Fries* sostuvo que Borges consiguió formar su propia identidad en el espejo de los autores que él interrogaba, mostrándonos lo insólito de lo ya conocido⁴.

Pero: es la concepción borgiana del mundo la que se presta a algunos equívocos: cada uno cree encontrar en Borges lo que busca. Y de modo relativamente fácil. Cuando es “trivial y fortuita la circunstancia de que tú seas el lector de estos ejercicios, y yo su redactor”⁵ –como afirmó Borges–, entonces surge la probabilidad de una arbitrariedad fundamental como rasgo constitutivo del universo. Lo que a primera vista parece ser una amable ocurrencia literaria, burlona y, al mismo tiempo, inofensiva, resulta ser el compendio de una visión pan-identificatoria del mundo, que para nada es inocua. Su núcleo conceptual reza que en el fondo todo es intercambiable con todo. Si esto es así, los esfuerzos teóricos racionales y la praxis socio-política razonable aparecen como fútiles e insubstanciales.

En un artículo muy corto y poco conocido (sobre Domingo Faustino Sarmiento), generalmente dejado de lado por las grandes compilaciones de sus escritos, Borges reúne las dos columnas de su asombrosa obra: (a) la penetración, profunda, aguda y hasta divertida del tema tratado, que corresponde a la tradición racional-liberal de Occidente, y (b) su inclinación por una filosofía simplista pan-identificatoria, que pertenece a una veta irracionalista que puede ser rastreada hasta los sofistas presocráticos. La segunda tendencia fue siempre la predominante.

Mediante sus poéticas imágenes Borges aseveró en el texto sobre Sarmiento que el hombre es simultáneamente un pez, “el águila que también es león” y que existe la “sospecha de que cada cosa es las otras y de que no hay un ser que no encierre una íntima y secreta pluralidad”. Esta es la visión pan-identificatoria. Pero en el mismo artículo Borges hizo gala de enunciados claros y unívocos, elogiando la racionalidad a largo plazo del proyecto histórico de Sarmiento y declarando enfáticamente que la dictadura peronista “nos ha enseñado que la violencia y la barbarie no son un paraíso perdido, sino un riesgo inmediato”⁶. En otras breves líneas escritas al comienzo de la segunda guerra mundial, Borges realizó una indudable toma de partido por el racionalismo y la democracia liberal, aseverando además que una victoria alemana “sería la ruina y el envilecimiento del orbe”⁷.

Así es que desde el inicio de su carrera literaria y paralelamente a las ambigüedades hoy tan caras al postmodernismo, se puede detectar en Borges una inclinación a expresiones inequívocas, adscritas al racionalismo occidental y al espíritu de la libertad individual. Es probable que esta tendencia haya sido influida por *José Ortega y Gasset*⁸. (En la REVISTA DE OCCIDENTE apareció la primera reseña de un libro de Borges, de tono laudatorio⁹. Esta corriente está vinculada a las normativas éticas que acompañan a menudo a las epopeyas y a la literatura de aventuras, que Borges conoció desde su más tierna infancia. La idea borgiana del valor personal, el encomio de las virtudes épicas y de las actitudes estoicas, el enaltecimiento del coraje y la lealtad, la pasión por los juegos agonales y el rescate del sentido noble del honor, propio de la aristocracia guerrera¹⁰ y ajeno totalmente a las clases mercantiles, constituyen espacios donde Borges no practicó ninguna ambivalencia. En suma: la valentía y la firmeza genuinas no deben ser jamás confundidas con el mero éxito¹¹.

Al lado de estos elementos se halla la otra parte constituyente de la filosofía borgiana. Se trata de un relativismo axiológico y estructural bastante acentuado, que conforma también la base de las doctrinas postmodernistas actuales. Su búsqueda de la identidad combinó los elementos más diversos, desde la fidelidad inquebrantable

a los recuerdos hasta una visión del mundo prefigurada por variantes desmesuradas del nominalismo medieval y del primer idealismo. Los objetos en el espacio son únicamente las ilusiones de nuestros sentidos. El ser es sólo percepción. Algunos de sus críticos reprocharon a Borges que las pasiones y los problemas de la humanidad adquirirían para él la naturaleza de meros pretextos para ejercicios de estética. Esta es una opinión exorbitante, pero en la obra borgiana se puede detectar evidentemente una devaluación de la historia y de los contextos sociales, pues éstos serían ornamentos que no rozarían el núcleo de una buena narración. Octavio Paz señaló que Borges dejó atrás las palabras rebuscadas y los laberintos sintácticos que tanto lo cautivaron en la juventud, pero que nunca mostró interés por problemas político-morales y enigmas psicológicos. La variedad del comportamiento y de las convicciones humanas, la fuerza organizadora de la historia y la complejidad de las sociedades modernas son asuntos que le preocuparon muy poco¹².

No hay duda de que precisamente los textos más bellos y de ejecución más esmerada de nuestro autor borran a menudo las diferencias entre razón y locura, entre lo santo y lo profano, entre lo lícito y lo delictivo, entre lo cotidiano y lo festivo, entre sueño y vigilia y, por ende, entre realidad y ficción, pese a que Borges trató estos temas con distancia lúdica e irónica. Una de las formulaciones más hermosas de esta concepción es también la más concisa: "La historia agrega que, antes o después de morir, se supo frente a Dios y le dijo: *Yo, que tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo*. La voz de Dios le contestó desde un torbellino: *Yo tampoco soy; yo soñé el mundo como tu soñaste tu obra, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estás tú, que como yo eres muchos y nadie*"¹³. Uno de los puntos culminantes de su obra, el cuento *Los teólogos*, hace manifiesta esa ideología pan-identificatoria no sólo mediante un argumento lógico y una estructura impecable, sino también recurriendo a profundas emociones¹⁴. Y por ello esta narración es también un conmovedor alegato contra el dogmatismo y el fanatismo.

Como se sabe, una porción importante de los escritos borgianos está dedicada a dilucidar

cuestiones como la relación entre el tiempo y la eternidad¹⁵, la dialéctica de unidad y diversidad y el nexo entre lo uno y lo otro. Son dilemas básicos en torno a la identidad, sin solución definitiva y proclives al surgimiento de paradojas y laberintos. Borges se adhirió también a una versión de la ley universal de entropía aplicada a fenómenos socio-culturales. La disipación final de la energía conllevará asimismo la incomunicación y el desorden. A fuerza de intercambios y tratando de alcanzar equilibrios, el universo estará tibio y muerto. "[...] el mundo será un fortuito concurso de átomos"¹⁶.

Todo esto da pie a algunos teoremas centrales del postmodernismo: la muerte del sujeto, el individuo como ente descentrado, el yo como mera ilusión y la consciencia en cuanto receptáculo casual de sensaciones aleatorias. El mundo sería un conjunto arbitrario de signos semánticos; el debate político representaría exclusivamente la pugna de intereses materiales contingentes¹⁷. Borges no sostuvo esta posición de forma explícita, pero su concepción pan-identificatoria conduce a postulados que son similares a los postmodernistas. Siguiendo a Borges se puede inferir que un trazo casual de rayas o signos podría ser también una auténtica obra de arte, que una ocurrencia cualquiera —mejor si es hermética— podría ser interpretada como el epítome de un gran tratado filosófico y que no existiría una diferencia fundamental entre el medio y el mensaje. Teniendo esta visión del mundo no se puede distinguir entre lo marginal y lo relevante, y se abre la puerta a la retórica de la simulación, a la abdicación del pensamiento crítico, al paraíso de la charlatanería, al oportunismo político y al cinismo como método. Los textos de Borges están estilísticamente en las antípodas del fárrago y el bizantinismo postmodernistas, pero su visión del mundo avala tesis esenciales de las nuevas modas ideológicas. De ahí la inmensa popularidad de que gozan ahora los escritos borgianos entre todos los adeptos del deconstructivismo, del neo-estructuralismo y de las otras variantes del postmodernismo.

Borges sostuvo que el poeta es un simple agente de la actividad del lenguaje. Y entonces los heideggerianos y sus innumerables adeptos lo tomaron como a uno de los suyos. Aseveraba

que el yo se disuelve en un mundo sin tiempo, y los budistas creyeron que era un creyente de esa confesión¹⁸. Los existencialistas lo vieron como a un poeta angustiado en un laberinto de pesadillas, y lo consideraron como muy próximo a esa doctrina. Y así sucesivamente.

Se puede decir que los dos grandes aspectos de la obra borgiana (expuestos anteriormente) no son antagónicos, sino complementarios. Este es el tenor principal de innumerables estudios sobre Borges. Existe el consuelo, expuesto por Anderson Imbert¹⁹, de que Borges era un sofista que jugaba con ideas en las que no creía, y que la totalidad de su obra constituiría un ejercicio lúdico y hermoso, pero sin significación filosófica. Borges recompuso de modo original antiguos dilemas teóricos, acertijos lógicos y trampas conceptuales, pero lo que podemos llamar su formación filosófica era algo limitada y estaba conformada, en lo principal, por el *Diccionario filosófico* de Fritz Mauthner²⁰, *La filosofía de los griegos*, de Paul Deussen y *El mundo como voluntad y representación* de Arthur Schopenhauer. Nada de esto le puede ser reprochado, obviamente. Borges jugó con ideas de Berkeley, Hume, Kant y Bergson, pero en realidad su cartografía de ideas –como se dice ahora– es una yuxtaposición personal y una combinación caprichosa de elementos dispersos. Esto es naturalmente legítimo, pero el resultado es un ejercicio de arbitrariedad o, mejor dicho, una doctrina laudatoria de lo contingente.

En casi todas sus obras –como en los tratados de los postmodernistas– se advierte una contradicción performativa: el curso del texto desmiente la idea central propugnada en el mismo. La concepción borgiana con respecto a normas y paradigmas es fundamentalmente relativista y escéptica, pero la consciencia libre y el heroísmo voluntario son cantados como valores supremos. Borges se consagra a la refutación del tiempo²¹, pero la trama de sus cuentos tiene una estructura temporal que puede ser calificada como convencional y lineal. Borges descreo de la razón europea, pero sus ficciones están basadas en una rigurosa lógica occidental. La arbitrariedad de todo idioma es uno de sus temas favoritos, pero la totalidad de su obra está escrita con estricto apego a las reglas académicas del lenguaje. Una buena parte de la obra de Borges ensalza la disolución

del sujeto, pero él mismo era el feliz poseedor de un ego muy vivaz y ultracentrado. Daba a entender que la consciencia individual es ficticia y hasta fantasmagórica, pero tenía una percepción aguda de su propia valía y, por consiguiente, de su irreductible unicidad e inconfundibilidad.

Notas

1. Alejandro Losada. *La literatura en la sociedad de América Latina*. Munich: Fink 1987, p. 52, 102.
2. Enrique Anderson Imbert, “El éxito de Borge”. *Cuadernos Americanos* (México), vol. XXXV, N° 5 (= CCVIII), septiembre-octubre de 1976, p. 205.
3. Según Paz, esta proeza determina el lugar excepcional de Borges en la historia literaria del siglo XX. Cf. Octavio Paz, *El arquero, la flecha y el blanco*. *Vuelta* (México), N° 117, agosto de 1986.
4. Fritz Rudolf Fries, *Die aufgehobene Zeit oder der Leser als Autor* (El tiempo preservado o el lector como autor), en: *Borges lesen* (Leer a Borges), Frankfurt: Fischer 1991, p. 83. *Marguerite Yourcenar* lo consideró el gran visionario de su tiempo, el vidente ciego que se repite en numerosas culturas. Yourcenar, *Borges oder der Seher* (Borges o el vidente), en: *ibid.*, pp. 107-135
5. Jorge Luis Borges, [Nota introductoria], en: *Borges, Obras completas 1923-1972*, Buenos Aires: Emecé, 1974, p. 15.
6. Jorge Luis Borges, “Sarmiento”. *La Nación* (Buenos Aires) del 12 de febrero de 1961, 3ª sección cultural, p. 1.
7. Jorge Luis Borges, *La guerra. Ensayo de imparcialidad* [1939]. *Borges en SUR 1931-1980*, Buenos Aires: Emecé 1999, p. 30. Cf. John King, *Towards a Reading of the Argentine Literary Magazine SUR*, en: *LATIN AMERICAN RESEARCH REVIEW*, vol. XVI (1981), N° 2, pp. 68-75; y la versión más amplia: John King, *SUR: A Study of the Argentine Literary Journal and Its Role in the Development of a Culture 1931-1979*, Cambridge: Cambridge U. P. 1986.
8. Evelyn López Campillo, *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías 1923-1936*, Madrid: Taurus 1972; Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México: FCE 1994, p. 37 sq., 128 sqq.; Karina Vásquez, *De la modernidad y sus mapas –REVISTA DE OCCIDENTE y la nueva generación en la Argentina de los años veinte*, en: *ESTUDIOS INTERDISCIPLINARIOS DE*

- AMERICA LATINA Y EL CARIBE (Tel Aviv), vol. 14, N° 1, enero-junio de 2003, pp. 167-188.
9. Ramón Gómez de la Serna, *Jorge Luis Borges*: “*El fervor de Buenos Aires*”, en: REVISTA DE OCCIDENTE (Madrid), vol. IV, N° 10, abril de 1924, pp. 123-127.
 10. Cf. sobre todo la espléndida reconstrucción borgiana del concepto de honor, practicado por los guerreros medievales, en su relato de las batallas de Stamford Bridge y Hastings, en: Martín Arias / Martín Hadis (comps.), *Borges profesor. Curso de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires: Emecé 2000, pp. 116-121; Jorge Luis Borges, *El pudor de la historia*, en: Borges, *Otras inquisiciones*, Buenos Aires: Emecé 1960, pp. 229-233
 11. Estos aspectos resaltan claramente en el rescate que hizo Borges de las sagas anglosajonas, escandinavas e islandesas, lo que permitió una necesaria revalorización de una literatura de gestas heroicas, narradas en un estilo arcaico y casi lacónico, que deja vislumbrar un ámbito de metáforas originales y las glorias posteriores de los idiomas germánicos.
 12. Cf. el hermoso ensayo de Octavio Paz, op. cit. (nota 3). Paz señaló por ejemplo que Borges no siempre pudo distinguir el heroísmo verdadero de la simple valentía: no es lo mismo un matón de barrio que Aquiles. El primero es un caso entre otros; el segundo, un modelo positivo. Cf. Paz, *ibid.*
 13. Jorge Luis Borges, *Everything and Nothing*, en: Borges, *El hacedor*, Buenos Aires: Emecé 1967, p. 64 (cursivas en el original).- Jorge Luis Borges, *El inmortal*, en: Borges, *El Aleph*, Buenos Aires: Emecé 1957, p. 25: “Yo he sido Homero; en breve, seré Nadie, como Ulises; en breve, seré todos: estaré muerto”. Cf. también Jorge Luis Borges, *Historia de los ecos de un nombre*, en: Borges, *Otras inquisiciones*, op. cit. (nota 10), pp. 223-228.
 14. Jorge Luis Borges, *Los teólogos*, en: Borges, *El Aleph*, op. cit. (nota 13), pp. 35-45.
 15. Jorge Luis Borges, *Historia de la eternidad*, en: Borges, *Historia de la eternidad*, Buenos Aires: Emecé 1968, pp. 11-48
 16. Jorge Luis Borges, *La doctrina de los ciclos*, en: Borges, *Historia...*, op. cit. (nota 15), p. 105
 17. Cf. el compendio del postmodernismo: Richard Rorty, *Kontingenz, Ironie und Solidarität* (Contingencia, ironía y solidaridad), Frankfurt 1989, p. 51, 80 sq., 107, 122, 309 sq.
 18. Jorge Luis Borges, *Formas de una leyenda*, en: Borges, *Otras inquisiciones*, op. cit. (nota 10), pp. 203-209.- Sobre esta temática cf. Juan Malpartida, *Borges y los otros*, en: LA RAZON (La Paz) del 21 de diciembre de 1997, suplemento TEXTOS E IDEAS, p. 3.
 19. Enrique Anderson Imbert, op. cit. (nota 2), p. 207.
 20. Borges mismo hizo el elogio de esta obra (“uno de los libros que con mayor fruición he frecuentado”), subrayando el teorema de Mauthner de que el lenguaje “sólo sirve para ocultarnos la realidad o para la expresión estética”. Jorge Luis Borges, [entrevista], en: James E. Irby, *Encuentro con Borges*, en: James E. Irby et al., *Encuentro con Borges*, Buenos Aires: Galerna 1968, p. 43.
 21. Jorge Luis Borges, *Nueva refutación del tiempo*, en: Borges, *Otras inquisiciones*, op. cit. (nota 10), pp. 235-257.